

DIARIO DE UN HOMBRE  
DE CINCUENTA AÑOS



*Florencia, 5 de abril de 1874*

Me dijeron que encontraría Italia enormemente cambiada; y en veintisiete años hay mucho espacio para los cambios. Pero para mí todo sigue tan perfectamente igual que tengo la sensación de estar viviendo mi juventud de nuevo; vuelven a mí todas las impresiones olvidadas de aquellos encantadores tiempos. Impresiones que en aquel entonces eran lo bastante fuertes, pero que después se han ido atenuando. ¿Qué diablos les pudo ocurrir? ¿Qué devienen semejantes cosas durante los largos intervalos de la consciencia? ¿En qué lugar se esconden? ¿En qué

abandonados armarios y grietas de nuestro ser se conservan? Son como las líneas de una carta escrita con tinta simpática; si se acerca la carta al fuego unos breves instantes, el agradecido calor hará aparecer las palabras invisibles. Es el calor de este sol amarillo de Florencia el que ha empezado a recomponer el texto de mi propio amor de juventud; todo se ha presentado hoy ante mí cual página clara, recién hecha. En los últimos diez años ha habido momentos en los que me he sentido tan portentosamente viejo, tan rendido y acabado, que la menor sugerencia de que semejante sensación de juventud aún pudiera estar esperándome me habría parecido un chiste muy malo. De todas formas no durará mucho; más vale entonces que le saque el mayor partido posible. Pero debo confesar que me ha sorprendido. He llevado una vida demasiado seria; después de todo, quizás sea eso mismo lo que preserve la propia juventud. Sin lugar a dudas he

viajado demasiado, trabajado demasiado duro, he vivido bajo climas rigurosos y me he relacionado con gente aburrida. Cuando un hombre llega a los cincuenta y dos años sin que se le vea muy deslucido —cuando goza de buena salud, buena fortuna, una conciencia limpia y una ausencia total de parientes embarazosos—, supongo que está obligado, si posee sentido de la delicadeza, a describirse a sí mismo como feliz. Pero confieso que yo prefiero esquivar dicha obligación. No he sido desdichado, no diría tanto; o al menos no escribiría tanto. Pero *felicidad*, lo que se dice auténtica felicidad, hubiera sido algo diferente. No sé si hubiera sido mejor, en todos los sentidos; no sé si me hubiera dejado en mejor posición que ésta en la que me encuentro ahora. Pero ciertamente hubiera supuesto una diferencia en lo siguiente: no me hubiera visto reducido, en mi búsqueda de imágenes agradables, a desenterrar un episodio ocurrido

hace más de un cuarto de siglo. Hubiera encontrado entretenimientos más —¿cómo los llamaría?— más contemporáneos. Hubiera tenido mujer e hijos, y no hubiera estado camino de cometer, como dicen los franceses, infidelidades para con el presente. Por supuesto que ha sido un gran beneficio el haber podido salir bien parado, el no haber cometido una descomunal locura; y supongo que cualesquiera que sean las graves decisiones que uno tenga que tomar a los veinticinco años, tras mucha lucha y con un violento esfuerzo, y a pesar de que la conducta de uno parezca estar justificada por los acontecimientos, siempre queda una parte de pesar, una ligera sensación de pérdida acechando la sensación de ganancia; la tendencia a preguntarse, un poco ilusoriamente, lo que *podría* haber sido. Lo que *podría* haber sido, en este caso, hubiera sido sin duda ninguna muy triste, y lo que realmente ha sido, ha sido muy alegre y comfortable. Sin

embargo, aún hay dos o tres preguntas que podría hacerme a mí mismo. Por qué, por ejemplo, nunca me he casado; ¿por qué nunca he sido capaz de interesarme por ninguna mujer como me interesó aquélla? Ah, ¿por qué son las montañas azules y la luz del sol caliente? Felicidad mitigada por impertinentes conjeturas: tal es mi suerte.

*6 de abril*

Sabía que no duraría; ya está desapareciendo. Pero he pasado una jornada deliciosa, paseando por todas partes. Todo me recuerda otra cosa, y al mismo tiempo a sí misma; mi imaginación efectúa un largo recorrido para acabar volviendo al punto de partida. Está ese olor a primavera en el aire que recuerdo tan bien, y las flores, tal cual solían estar, reunidas

en grandes gavillas y montones, rodeando la rugosa base del Palacio Strozzi. Estuve deambulando por los Jardines Boboli durante una hora; habíamos ido allí juntos en varias ocasiones. Me acuerdo de todos aquellos días en su individualidad; parece como si hubieran sido ayer. Encontré la esquina donde ella siempre quería sentarse —el banco de mármol calentado por el sol—, frente a la pantalla de encinas, junto a la exuberante estatua de Pomona. El lugar está exactamente igual, salvo por el hecho de que la pobre Pomona ha perdido uno de sus afilados dedos. Permanecí allí sentado durante media hora, y era extraño lo cerca de mí que ella parecía estar. El lugar estaba completamente vacío: es decir, estaba lleno de *ella*. Cerré los ojos y escuché; casi podía oír el crujido de su vestido al rozar la grava. ¿Por qué se arma tanto alboroto en torno a la muerte? ¿Qué es, después de todo, sino una especie

de perfeccionamiento de la vida? Hace diez años que ella está muerta, y sin embargo, mientras permanecía allí sentado en aquella soleada quietud, su presencia era palpable, audible. Entré después en la galería del palacio y estuve deambulando durante una hora de habitación en habitación. Los mismos grandes cuadros colgaban de los mismos lugares y, formando un arco sobre ellos, estaban los mismos oscuros frescos. Antaño, dos veces fui allí con ella, que poseía un gran conocimiento del arte. Ella entendía de toda clase de cosas. Permanecí largo rato frente a la *Madona de la Silla*. El rostro no se parece ni un ápice al de ella, y sin embargo me la recordó. Pero todo lo hace. Una vez permanecimos en pie mirando juntos ese cuadro durante media hora; recuerdo perfectamente todo lo que dijo.

*8 de abril*

Ayer me sentí triste; triste y aburrido. Y esta mañana al levantarme estaba ya medio decidido a marcharme de Florencia, pero cuando salí a la calle, junto al Arno, y miré arriba y abajo —miré el río amarillo y las colinas violetas—, entonces decidí que me quedaba; o más bien no decidí nada. Simplemente permanecí allí, admirando la belleza de Florencia, y antes de haber podido saciar mi mirada ya había recuperado mi buen humor y era demasiado tarde para ponerme en camino hacia Roma. Seguí paseando por la ribera, y entonces ocurrió algo que recompensó mi decisión de quedarme. Me detuve frente a una pequeña joyería, en cuyo escaparate estaban expuestos en ese momento una gran cantidad de objetos hechos de mosaico; y allí permanecí durante varios minutos. No sé la razón, porque no me gusta el mosaico. En ese momento llego

una niña y se quedó parada junto a mí; una niña pequeña, con una de esas desaliñadas cabezas italianas, llevando una cesta. Me di la vuelta para irme y, en el momento de hacerlo, mis ojos fueron a posarse sobre la cesta. Estaba cubierta con una servilleta, y en ésta, clavado con un alfiler, había un trozo de papel con una dirección escrita. La dirección retuvo mi mirada: había en ella un nombre que yo conocía. Estaba escrita con una gran claridad, manifiestamente por un escribano que había intentado compensar con celo su falta de habilidad: «Contessa Salvi-Scarabelli, Via Ghibellina», rezaba la nota. Me quedé mirándola unos momentos, y aquello me provocó una emoción repentina. En ese momento la niña, percatándose de mi atención, levantó la vista y clavó en mí, perpleja, un par de tímidos ojos pardos.

—¿Llevas la cesta a la Condesa Salvi? —pregunté.

La niña me miró fijamente.

—A la Condesa Scarabelli.

—¿Conoces a la Condesa?

—¿Conocerla? —murmuró la pequeña, con un ligero aire de consternación.

—Quiero decir que si la has visto.

—Sí, la he visto. —Y entonces, en un instante y con una repentina y dulce sonrisa—: *E bella!* —dijo la pequeña, y era ella misma hermosa al decirlo.

—Exactamente. ¿Y es rubia o morena?

La niña seguía mirándome de hito en hito.

—*Bionda, bionda* —contestó, mirando la dorada luz del sol en busca de comparación.

—¿Y es joven?

—No es joven, como yo. Pero no es vieja como... como...

—Como yo, ¿eh? ¿Y está casada?

La pequeña empezó a dar muestras de recelo.

—Yo nunca he visto al *signor Conte*.

—¿Y vive en la Via Ghibellina?

—*Sicuro*. En un precioso palacio.

Tenía todavía otra pregunta más para ella, que anuncié con unas monedas de cobre.

—Dime alguna cosa más: ¿es buena?

La niña inspeccionó durante unos instantes el contenido de su pequeña palma morena.

—Es usted quien es bueno —contestó.

—Ya, pero ¿la condesa? —repetí.

Mi pequeña informante bajó sus grandes ojos pardos con un aire de concienzuda meditación de originalidad indescriptible.

—A mí me lo parece —dijo al fin, alzando la mirada.

—Ah, entonces debe serlo —dije—, porque para tu edad eres una niña muy inteligente.

Y una vez pronunciado mi elogio me alejé de allí mientras la pequeña contaba sus *soldi*.

Volví caminando al hotel preguntándome cómo podría enterarme de más cosas sobre la

Condesa Salvi-Scarabelli. En la entrada me encontré con el posadero, al que acompañaba un joven, que inmediatamente reconocí como compatriota, y con el que, aparentemente, había estado conversando.

—Quizá pueda usted proporcionarme cierta información —le dije al dueño—. ¿Sabe algo acerca del Conde Salvi-Scarabelli?

El hombre se miró las botas y con una melancólica sonrisa se encogió de hombros:

—Mi querido señor, lamento mucho...

—¿Pero sabe cómo se llama?

—Sé con toda seguridad cómo se llama. Pero no conozco al caballero.

Pude ver que mi pregunta había atraído la atención del joven inglés, pues me dirigió una mirada cargada de viveza. Aparentemente satisfecho con lo que veía, se decidió a hablar:

—El Conde Scarabelli ha muerto —dijo, muy gravemente.

Lo miré durante un momento: un joven agradable.

—¿Y su viuda vive —observé— en la Via Ghibellina?

—Puede que ése sea el nombre de la calle.

Quizás fuera un joven agradable, pero también algo torpe; se estaba preguntando quién era yo, y qué es lo que quería, aunque me concedió el honor de percibir que, en lo tocante a esos puntos, mi apariencia era tranquilizadora. Sin embargo dudaba, muy acertadamente, en hablar con un completo desconocido sobre una dama que él conocía, pero no poseía el arte de disimular su indecisión. Instantáneamente percibí la singularidad del hecho de que aunque él me consideraba a mí como un perfecto desconocido, yo no tenía esa misma sensación respecto a él. Tanto si ello fuera debido a que yo ya lo había visto antes, o simplemente porque su agradable rostro juvenil me había llamado poderosamente la

atención, el caso es que sentí, como dicen por aquí, que *había conexión* con él. Si lo he visto antes ya no me acuerdo en qué ocasión, y tampoco, parece, se acuerda él; supongo que esto es solamente parte del sentimiento que estoy teniendo los tres últimos días sobre todas las cosas. Fue este sentimiento el que me hizo comportarme, repentinamente, como si lo conociera desde hacía mucho tiempo.

—¿Conoce a la Condesa Salvi? —pregunté.

Él me miró un momento y entonces, sin molestarse por la desenvoltura de la pregunta, dijo:

—Querrá decir a la Condesa Scarabelli.

—Sí —contesté yo—; ella es la hija.

—La hija es una niña pequeña.

—Ahora ya debe haber crecido. Debe de tener —déjeme ver— unos treinta años.

El joven inglés comenzó a sonreír.

—¿De quién está usted hablando?

—Estaba hablando de la hija —dije, comprendiendo el motivo de su sonrisa—. Pero estaba pensando en la madre.

—¿En la madre?

—En una persona que conocí hace veintisiete años, la mujer más encantadora que jamás he conocido. Era la Condesa Salvi, y vivía en una maravillosa vieja casa de la Via Ghibellina.

—¡Una maravillosa vieja casa! —repitió el joven inglés.

—Tenía una niña pequeña —continuó—, y la niña era muy rubia, como la madre; y madre e hija tenían el mismo nombre: Bianca —me detuve y me quedé mirando a mi acompañante, y éste se ruborizó ligeramente—. Y Bianca Salvi —seguí— era la mujer más encantadora del mundo. —Él se ruborizó un poco más, y yo apoyé mi mano en su hombro—. ¿Sabe por qué le digo todo esto? Porque usted me recuerda a mí mismo cuando la conocí; cuando la amé.

El pobre joven me miraba con una suerte de avergonzada y fascinada extrañeza, y yo proseguí:

—Digo que ésa es la razón por la que le cuento esto, pero usted pensará que es una extraña razón. Me recuerda a mí mismo cuando era joven. No tiene por qué molestarse, yo era un joven encantador. La Condesa Salvi así lo creía. Su hija piensa lo mismo de usted.

Inmediatamente, instintivamente, alzó su mano hacia mi brazo:

—¿De verdad?

—¡Ah, es usted tan increíblemente parecido a mí! —dije yo, riendo—. Ése era precisamente mi estado de ánimo. Deseaba enormemente agradarle.

Él dejó caer la mano y desvió la mirada, sonriendo pero con un aire de ingenua confusión que avivó mi interés por él.

—No sabe qué pensar de mí —proseguí—.

No sabe por qué un extraño se dirige de repente a usted en estos términos, pretendiendo leer sus pensamientos. Sin duda cree que estoy un poco chiflado. Quizá sea un excéntrico, pero no tanto como puede parecer. He viajado por todo el mundo a causa de mi profesión, que es la militar. He estado en la India, en África, en Canadá, y he vivido mucho tiempo solo. Eso, creo, hace a la gente proclive a hacer confidencias repentinas. Llegué hace una semana a Italia, donde ya había pasado seis meses cuando tenía su misma edad. Vine directamente a Florencia: estaba impaciente por volverla a ver, debido a los recuerdos; recuerdos que se apiñan en torno a mí con tal densidad... Me he tomado la libertad de revelarle algunos de ellos.

El joven se inclinó ligeramente, en silencio, como tocado por un repentino respeto. Inmóvil, dirigió la mirada un momento hacia el río y las montañas.

—Es muy hermoso —dije yo.

—Oh, es encantador —murmuró.

—Así es como solía hablar yo. Pero eso no le importa.

Él volvió la vista hacia mí de nuevo.

—Todo lo contrario; me gusta oírlo.

—Bien, entonces demos un paseo. Si piensa también quedarse en esta pensión entonces somos compañeros de viaje. Paseemos bajando por el Arno hacia el parque de los Cascine. Hay varias cosas que me gustaría preguntarle.

El joven inglés asintió con un aire de confianza casi filial y estuvimos caminando durante una hora junto al río y por los sombreados senderos de esas bellas colinas. Hablamos mucho; no soy sólo yo mismo, sino todas mis circunstancias las que parecen repetirse.

—¿Le gusta mucho Italia? —pregunté.

Él dudó un momento.

—Uno no puede expresar algo así.

—Eso mismo; yo tampoco podía expresarlo. Solía intentarlo; solía escribir versos. En lo que respecta a Italia era muy ridículo.

—Entonces yo también soy ridículo —dijo mi acompañante.

—No, mi querido muchacho —contesté—. No somos ridículos; somos dos personas superiores y muy razonables.

—La primera vez que uno viene, como yo lo he hecho, es una revelación.

—Oh, me acuerdo bien; uno nunca lo olvida. Es una introducción a la belleza.

—Y debe ser un gran placer volver —dijo mi joven amigo.

—Sí, afortunadamente la belleza sigue estando ahí. ¿En cuál de sus manifestaciones la prefiere? —pregunté.

Mi acompañante pareció un poco desconcertado; por fin dijo:

—Me gustan mucho las pinturas.

—Lo mismo que a mí. Y entre las pinturas, ¿cuáles de ellas le gustan más?

—Oh, muchas.

—A mí también; pero yo tenía mis favoritas.

De nuevo el joven pareció dudar un momento, y entonces confesó que el grupo de pintores que prefería, en conjunto, a todos los demás, era el de los primitivos florentinos. Esto me dejó tan impresionado que me detuve bruscamente.

—¡Ésa era exactamente mi preferencia!

Entonces pasé mi mano por su brazo y seguimos nuestro camino.

Nos sentamos en un viejo banco de piedra en los jardines Cascine donde, presidiendo sobre nosotros, un solemne Hermes de mirada vacía y arrugas acentuadas por el polvo de los siglos escuchaba nuestra conversación.

—La Condesa Salvi murió hace diez años —dije.

Mi acompañante admitió haber oído a su hija mencionarlo.

—Después de conocerla volvió a casarse de nuevo —añadí—. El Conde Salvi murió antes de que yo llegara a conocerla; un par de años después de la boda.

—Sí, eso había oído.

—¿Y qué otras cosas ha oído?

Mi acompañante me miró sorprendido; era evidente que no había oído nada.

—Era una mujer muy interesante: de ella se podrían decir muchas cosas. Más tarde, quizás, le diga algunas. ¿Posee la hija el mismo encanto?

—Olvida usted —dijo el joven, sonriendo—, que yo nunca vi a la madre.

—Muy cierto. Sigo confundiéndome. Pero la hija, ¿hace cuánto tiempo que la conoce?

—Sólo desde que estoy aquí. Muy poco tiempo.

—¿Una semana?

Durante unos instantes permaneció callado.

—Un mes.

—Ésa es exactamente la respuesta que yo hubiera dado. Una semana, un mes; a mí todo me parecía lo mismo.

—Creo que es más de un mes —dijo el joven.

—Serán probablemente seis. ¿Cómo llegó a conocerla?

—Mediante una carta; una misiva de presentación que me dio un amigo mío en Inglaterra.

—La analogía es completa —dije yo—. Aunque el amigo que me dio mi carta de presentación para Madame de Salvi murió hace muchos años. Él también sentía una gran admiración por ella. No sé cómo no se me ocurrió nunca pensar que su hija podría estar viviendo en Florencia. De alguna manera di por supuesto que todo se había acabado. Nunca pensé en la pequeña; nunca supe lo que había sido de ella.

Ayer, mientras caminaba, pasé por delante del palacio y pude ver que estaba habitado; pero di por supuesto que había cambiado de manos.

—La Condesa Scarabelli lo aportó en dote a su marido —dijo mi amigo.

—¡Espero que lo supiera apreciar! Hay una fuente en el patio interior, y más allá un encantador y viejo jardín. El salón de la Condesa tiene vistas a ese jardín. Las escaleras son de mármol blanco, y hay un medallón del artista Luca della Robbia incrustado en el muro, a la altura del recodo. Antes de entrar en el salón se aguarda un momento en una gran sala abovedada con muros cubiertos de tapicerías ajadas, pavimentada con baldosas a la vista y amueblada sólo con tres butacas. En el salón cuelga, por encima de la chimenea, un extraordinario Andrea del Sarto. Los muebles están tapizados en verde mar.

Mi acompañante iba escuchando todo esto.

—El Andrea del Sarto sigue allí; es magnífico. Pero los muebles están tapizados en rojo pálido.

—Ah, los han cambiado; claro, en veintisiete años...

—Y hay un retrato de Madame de Salvi —siguió mi amigo.

Me quedé callado durante un momento.

—Me gustaría poder verlo.

Él también se quedó en silencio. Entonces preguntó:

—¿Por qué no va y lo ve? Si conocía tan bien a la madre, ¿por qué no va a ver a la hija?

—Lo que usted me dice me da miedo.

—¿Qué es lo que he dicho que pueda haberlo asustado?

Contemplé brevemente su ingenuo rostro.

—La madre era una mujer muy peligrosa.

El joven inglés empezó a sonrojarse de nuevo.

—La hija no lo es —dijo.

—¿Está completamente seguro?

No contestó que estaba seguro, pero poco después preguntó de qué manera la Condesa Salvi había sido peligrosa.

—No debe preguntarme eso —contesté yo—, porque, al fin y al cabo, me gustaría recordar sólo lo bueno que había en ella.

Y mientras volvíamos le rogué que me hiciera el favor de mencionar mi nombre a su amiga, y de decirle que había conocido mucho a su madre, y que pedía permiso para ir a verla.

*9 de abril*

He vuelto a ver al pobre muchacho otra media docena de veces, y no hay duda de que es un joven de lo más afable. Sigue representando para mí, de una forma realmente extraordinaria,

todo lo que yo era de joven; la similitud es perfecta en todos los sentidos, salvo en que él es mejor muchacho de lo que yo era. Por lo visto está vivamente interesado en su Condesa, y lleva casi la misma vida con ella que yo llevaba con Madame de Salvi. Va a verla todas las tardes, y se queda allí la mitad de la noche; estos florentinos tienen unos horarios verdaderamente extraordinarios. Recuerdo que hacia las tres de la madrugada Madame de Salvi solía echarme de la casa. «*Vamos, vamos —decía—, ya es hora de irse. Si se queda más tiempo la gente podría empezar a hablar.*» No sé a qué hora vuelve el muchacho, pero supongo que sus veladas le parecerán tan cortas como a mí me parecían las mías. Hoy me ha traído un mensaje de su Condesa: unas palabras de lo más gentiles. Recuerda haber oído a su madre hablar de mí a menudo: ella me llamaba «su amigo inglés». Tiene a todos los amigos de su madre en gran estima, y ruega que le conceda el

honor de ir a verla. Siempre pasa las veladas en casa. El pobre Stanmer (pertenece a los Stanmer de Devonshire: grandes terratenientes) reprodujo estas palabras literalmente; claro, qué puede a él importarle ni lo más mínimo que este pobre y canoso soldado magullado, lo bastante viejo como para ser su padre, pueda ir a visitar a su *innamorata*. Y sin embargo bien recuerdo lo mucho que solía importarme a mí cuando otros hombres venían; ése es un punto que nos distingue. Pero creo que es sólo porque soy viejo. A los veinticinco yo no hubiera tenido miedo de mí mismo con cincuenta y dos. Camerino tenía treinta y cuatro... ¡y luego estaban los otros! Ella siempre pasaba las veladas en casa, y ellos siempre solían ir. Todos tenían antiguos nombres florentinos. Pero ella solía dejar que me quedara más tarde que ninguno de ellos; pensaba que un antiguo nombre inglés valía por lo menos lo mismo. ¡Qué notable coqueta!... Pero *basta così*, como

solía decir ella. Tenía intención de ir esta noche a Casa Salvi, pero al final no he conseguido decidirme. No sé de qué tengo miedo; antes solía tener bastante prisa en llegar. Supongo que tengo miedo del propio aspecto de las cosas: de las viejas salas, de los viejos muros. Mañana por la noche iré. Me asustan hasta los mismos ecos.

*10 de abril*

Ella tiene un parecido de lo más extraordinario con su madre. Cuando fui me sorprendió muchísimo; me quedé allí parado, mirándola fijamente. Ahora mismo acabo de regresar a casa; es más de medianoche, he pasado toda la velada en Casa Salvi. Hace mucho calor —tengo la ventana abierta—, puedo ver el río deslizándose bajo la luz de las estrellas. También antaño, cuando volvía a casa, solía quedarme

mirando por la ventana de esta manera. En las colinas del otro lado siguen estando los mismos cipreses.

El pobre Stanmer estaba allí, y también otros tres o cuatro admiradores más; todos ellos se levantaron cuando yo entré. Creo que han estado hablando de mí, y que desperté cierta curiosidad. Pero ¿por qué tendrían que hablar de mí? Todos eran más bien jóvenes; ninguno tenía mi edad. Ella es el vivo retrato de su madre; no conseguía sobreponerme. Hermosa como su madre, y sin embargo con los mismos defectos en el rostro; pero con el mismo y perfecto óvalo, y sus ojos pardos y comprensivos, casi compasivos. Su semblante tiene exactamente la misma peculiaridad que el de su madre; el cual, de todos los rostros humanos que he conocido, es el que podía pasar más rápida y completamente de una expresión de alegría a otra de reposo. El reposo en su rostro siempre sugería tristeza; y mientras

uno lo observaba con una especie de temor reverencial, preguntándose cuál era su trágico secreto, se encendía, en un instante, con una radiante sonrisa italiana. Esta noche, sin embargo, las sonrisas de la Condesa Scarabelli se han encendido de manera casi ininterrumpida. Me dio la bienvenida —maravillosamente, como su madre solía hacerlo—; y el joven Stanmer estaba sentado en la esquina del sofá —como yo solía hacerlo—, observándola mientras hablaba. Es delgada y muy rubia, e iba vestida de un ligero y vaporoso negro que completaba el parecido. La casa, las habitaciones, son casi las mismas; es posible que algunos detalles hayan cambiado, pero sin llegar a modificar el efecto general. Los mismos valiosos cuadros cuelgan de las paredes del salón; el mismo oscuro y grandioso fresco en el techo cóncavo. Supongo que la hija no es rica; no más de lo que lo había sido la madre. Los muebles

están desgastados, descoloridos, y un solo criado me recibió en la entrada, sosteniendo ante mí una parpadeante y delgada vela mientras ascendíamos por las grandes y oscuras escaleras de mármol.

—He oído hablar de usted muchas veces —dijo la Condesa mientras me sentaba a su lado—; mi madre hablaba a menudo de usted.

—¿A menudo? —contesté—. Me sorprende.

—¿Por qué le sorprende? ¿Acaso no eran buenos amigos?

—Sí, durante cierto tiempo muy buenos amigos. Pero estaba seguro de que me habría olvidado.

—Nunca lo olvidó —dijo la Condesa, mirándome fijamente y sonriendo—. Ella no era así.

—Ella no era de ninguna manera como la mayoría de las mujeres —declaré yo.